

No mires atrás

Autor: Rosslyn

¡Beto! ¡Beto! Esta es tu oportunidad. Está desmayada, la vitrina le cayó encima y va a estar tirada un buen rato. Con un poco de suerte y se queda ahí para siempre. Pero tienes la oportunidad de dejar todo esto. Ella no es nada tuyo y te ha tenido aquí encerrado por meses, como a un perrito que dejan atado en la azotea. ¿No estás harto de ver sólo estas mugrosas paredes y del hambre? Pues anda, a moverse, ya te ayudé con la vitrina, pero lo demás lo vas a tener que hacer tú.

¿De dónde sacas esa idea? Claro que te tienes que ir, en tu casa te han de estar buscando. Aunque claro que después de tanto tiempo quizá piensen que te moriste. Se van a llevar una gran sorpresa cuando te vean llegar. Y ¿cómo no? Si desde que te agarró en el parque te ha tenido aquí encerrado. Pero ¿Sabes qué? Tú sí vas a poder regresar a casa, a ti no te va a pasar lo que a los otros que estuvieron antes. Si la policía viniera y revisara la covacha, no la dejarían salir de la cárcel nunca.

No Beto, ya lo hemos platicado. Yo no me voy a ir, mi lugar está aquí. Mejor vamos viendo que saques las llaves de su delantal. Siempre las guarda ahí para evitar que se las roben. En una ocasión, uno de los niños que estuvo aquí antes se las quitó para irse. Pero como la chapa tiene truco se tardó en abrir y ella despertó. Traté de detenerla, pero no pude, por más que lo intenté se fue contra él, primero le gritó y luego lo molió a palos. Me quedé aquí mismo, viendo cómo al niño se le quitaba la sonrisa y luego dejaba de llorar hasta que simplemente ya no estuvo más. Algo de él debe quedar en ese maldito cuarto. Por eso Beto, ni siquiera necesitas valor, sólo correr por tu vida. Anda, saca las llaves y sal de aquí.

¡Muy bien Beto! lo de las llaves fue fácil y ni se enteró. Con la cantidad de aguardiente que se tomó y el golpazo en la cabeza que se dio, seguro despierta hasta mañana. Si los otros tan solo me hubieran escuchado como tú, los habría podido ayudar a escapar, pero no siempre he podido darme a entender y muchas

veces ni me ven. Desde que la conozco siempre ha tenido el leoncito en la mano, yo creo que es lo único que en verdad quiere: su leoncito. Antes por lo menos se lo echaba al refresco, luego al tang y desde un tiempo para acá se lo toma solo. Una vez lo olí y apesta bien feo, igual que ella. A veces me mandaba a la tienda a comprarlo, me daba unas monedas de más para un dulce y pensaba que ahora sí me iba a tratar bien, pero al día siguiente todo era igual, sólo había golpes y hambre.

¿Qué estás buscando, Beto? Las cosas que tienes aquí son basura, ¿de dónde crees que sacó esa ropa que traes puesta o la comida que te da? Ya ves que dice que a ella nada le hace daño, que el alcohol mata todos los bichos. Ha de ser cierto porque aquí sigue. A mí me llevaba atrás del mercado a buscar cosas que sirvieran. La camisa que traes la encontré ahí, primero fue mía y luego de otro niño. A ese niño lo conocí en la calle, estaba lavando parabrisas, tenía pinta de estar enfermo. Ella me dijo que me hiciera su amigo y pensé que me iba dar permiso de jugar con él, pero luego entendí que le iba a hacer lo mismo que a mí.

Me equivoque, para él fue peor. El pobre estaba enfermo de hambre y sed, con la promesa de comida nos lo trajimos para acá y ya no lo volvió a dejar salir. A los pocos días empezó a temblar como si tuviera frío, sudaba mucho y luego se quedó quieto, dormido y ya no despertó. Ella se puso muy triste y se emborrachó más que otras veces. Empezó a llorar y hablar del hijo que se le había muerto, ese día me enteré de que había tenido familia, pero nunca supe por qué se quedó sola. Siguió tomando y llorando, luego empezó a reclamarme, como si yo fuera alguien con quien había estado, que por mi culpa su niño se le había muerto. No sé si lloré por ella, por el que iba a ser mi amigo o porque me sentí culpable de que se hubiera enfermado. Beto, aquí no hay nada para ti, te tienes que ir ya.

Dale con cuidado a la llave, tiene truco, yo la he visto muchas veces abrir. Tienes que moverla como para arriba y luego hacerla a un lado. Espera, despacio, con calma y lo vas a lograr. No se te vaya a romper y entonces sí, se va a armar la gorda. Hazlo con cuidado, no como otro de los niños que estuvo aquí. Me empezó

a molestar cuando entendió que no lo iba a dejar ir, pero hizo muchas cosas para escapar. Cada vez que él hacía algo para irse, me echaba la culpa, ella le creía y me daba con el palo de la escoba. Ya estaba harto de que me pegaran por lo que él hacía, así que el día que le robó las llaves la desperté, lo encontré tratando de abrir la puerta con esas mismas llaves que tienes en la mano. Se puso colorada de puro coraje, ni siquiera le gritó, sólo le pegó. Supongo que creyó que yo tuve algo que ver porque a mí me tocó también. Al día siguiente ese niño ya no estaba y no lo volví a ver, me sentí culpable por su suerte; quizá si no lo hubiera delatado seguiría vivo. Por eso quiero que te vayas Beto, cualquier cosa es mejor que esto.

¿Qué importa si estás sucio? ¿Quién se va a fijar en otro mugroso que anda por las calles? Si por eso no le ha costado trabajo traer a un nuevo niño cada vez. Nadie nos ve, a nadie le importamos. Y ella con unas palabras dulces nos convence de venir para cuidarnos. Mucho tiempo me usó para engancharlos y mira cuantos pasaron aquí por mi culpa. Pero Beto, yo no quería; me daba miedo que me corriera, me daba miedo regresar al frío de la calle. Aquí por lo menos tenía un lugar al que llamar casa. Pero no me puedo perdonar lo que les pasó a todos ellos. Por eso quiero que te vayas, para que por lo menos pueda ayudar un poco. Ella está loca, loca y borracha; nadie la va a detener, porque a nadie le importa. Pero estás tú y te vas a ir. Ve y busca a tus papás, por más malo que sea vivir con ellos, no va a ser como aquí.

Ya deja de verla Beto, cuando despierte ya debes estar muy lejos. Mira, en esa lata hay unas monedas, seguro que te alcanza para tomar un camión. No cometes mi error, una vez intenté escaparme, pero no fui rápido. Ella me encontró en el parque y me trajo de regreso. Sabes que después de un rato, ¿dejas de sentir los golpes? Eso me pasó y cuando ya nada me dolía me quedé ahí en una esquina, junto a la covacha, me vi flotando a mí mismo. Ella se quedó junto a mí toda la noche llorando hasta que amaneció. Luego ya nada importó, mis cosas las guardó también en el cuartito, junto con las de los demás. Desde entonces, me quedé aquí, viendo como pasaban los niños, cómo se fueron y sus recuerdos los fui acumulando.

Sí Beto, ¡así se hace! ¡Lo lograste! Es hora de irte, no mires atrás, déjala en su borrachera. Mañana va a estar igual que siempre, con dolor de cabeza por el golpe. No Beto, me tengo que quedar, otros como tú vendrán y si no estoy, ¿quién los va a ayudar?